

ESTUDIOS

*Autenticidad y necesidades. Una relación compleja pero necesaria*¹

Vittorio Conti²

Ser auténticos es una cosa bella, pero... ¿qué quiere decir? Desde hace algún tiempo Cristina no reza más. Dice que le parece falso, casi hipócrita ir a la Iglesia: “Si no *lo siento*, para qué voy? ¡Iría sólo a calentar el banco!. Federico ha decidido hacer un regalo a su mujer. Hacía meses que algo no andaba bien entre ellos y así: “salí antes de la oficina y compré una flor –hacía tanto tiempo que no lo hacía- quería estar con ella! *Sentía* que era lo que tenía que hacer!” Fundamentalmente, para Cristina y Federico, ser auténticos significa ser espontáneos.

El desafío de la autenticidad

Más allá de estar de acuerdo o no, está el hecho de que no siempre siendo espontáneos damos lo mejor de nosotros. A veces ofrecemos efectivamente una representación teatral, distorsionada, casi desfigurada. Pensemos en Juan, un adolescente que luego del enésimo pedido de explicaciones por parte de su madre “no se aguanta más” y comienza a vomitarle encima tanto resentimiento que hiela la sangre. No pasarán más que pocos minutos y Juan se encontrará en su propia habitación preguntándose: “¿Pero que diablos me pasó? ¡Ese no era yo!”. Juan se da cuenta de que existe una distancia entre la propia reacción espontánea y el espesor de la relación con su madre.

En fin, a veces hacer aquello que surge espontáneamente coincide con el ser auténticos, pero no siempre es así. El criterio del “siento” es tan fuerte como inconstante: por sí solo no es confiable.

Según Lonergan –que ha trabajado mucho sobre el tema de la autenticidad³- existe un momento en la vida en el cual nos damos cuenta de que a través de nuestras acciones edificamos antes que nada a nosotros mismos, aquél hombre o aquella mujer que queremos ser. Por un lado podemos crecer como personas que saben “decidirse-por-aquello-que-vale”; por otro lado, podemos permanecer eternos adolescentes “por-fuerza-de-aquello-que-nos-conviene”. Ser personas auténticas consistiría entonces en vivir día tras día el desafío de “saber decidirse” por aquello que consideramos de valor, por las personas que amamos, por los ideales en los que creemos. Imagino que si

¹ CONTI, V. , *S. Autenticità e bisogni. Una relazione complessa ma necessaria*, en Tredimensioni 2(2014) 131-143. Traducción: Juan Pablo Dreidemie para el Curso *Dinámicas Vinculares*, Escuela para Formadores “María Madre de los Consagrados”, Córdoba, 2016.

² Psicólogo y sacerdote diocesano de Milán, Italia.

³ Cf B. J. F. LONERGAN, *Il metodo in teologia* (OBL 12; Città Nuova, Roma 2001). En este párrafo aludimos a la “conversión moral”; habría que recordar sin embargo que el discurso de Lonergan sobre la autenticidad es mucho más complejo.

tuviéramos que elegir una amiga, un colega, un marido o incluso sólo el chofer del autobús que nos lleva al trabajo todas las mañanas, no tendríamos demasiadas dificultades, al menos teóricamente, en preferir a quien en la vida busca construir algo que vale, respecto a quien vive al día siguiendo los gustos del momento.

Como formadores podríamos entonces preguntarnos: si deseamos educar para una vida auténtica, ¿cómo ayudar a vivir la dialéctica entre aquello que tiene valor y aquello que “se siente” con ganas de hacer? ¿Por qué a veces es tan difícil elegir aquello que se considera importante, y finalmente se encuentra como transportado por la propia necesidad? ¿Cómo evitar caer en un falso voluntarismo o en una ingenua espontaneidad? El objetivo del siguiente trabajo es tratar de afrontar estos interrogantes *concentrándose en la categoría de necesidad*.

Las razones de un relanzamiento

Muchas teorías psicológicas han tratado de comprender la motivación humana integrando la siempre escurridiza categoría de necesidad⁴. En este artículo trataremos de seguir las pistas de la propuesta de L.M. Rulla⁵, enriqueciéndola con algunas reflexiones extraídas de las obras de Lichtenberg y colegas, para luego concluir con breves consideraciones pedagógicas.

La tesis que querríamos sostener es la siguiente. Creemos ante todo que las consideraciones de Rulla respecto a la categoría de necesidad –aunque formuladas más de cuarenta años atrás⁶– tienen todavía un valor indudable. De hecho, como veremos, el jesuita piamontés (1) no obstante utilice abundantemente la categoría de necesidad evita interpretar el actuar humano como resultado de procesos simplemente padecidos de los cuales la persona sería sustancialmente una víctima; (2) ofreciendo una clara definición, una explícita taxonomía y una eficaz operacionalización⁷, ha podido formular una teoría psicosocial rigurosa e innovadora; (3) tal impostación se ha revelado como muy útil desde un punto de vista psicoterapéutico tanto en ámbito de valoración de la persona como de acompañamiento.

Por otro lado, justamente estos elementos positivos esconden alguna sombra. Efectivamente, (1) la noción de necesidad explicitada en 1971, aunque no cayendo en reduccionismos de matriz pulsional, no deja de ser tributaria del contexto epistemológico de su época fuertemente marcado, al menos en el ámbito científico, por una aproximación determinista; (2) además, una buena taxonomía útil para la indagación estadística termina por insinuar el peligro de una suerte de cosificación del aparato psíquico, cosa obviamente inaceptable desde el punto de vista antropológico; (3) finalmente, una transposición mecánica de la investigación empírica –que tiene como objetivo la validación de una teoría– a la praxis psicoterapéutica, corre el riesgo de no respetar el misterio y la unicidad de la persona.

Justamente por esta razón es que hemos decidido recurrir a los estudios de Lichtenberg y colegas. Estos autores han dedicado treinta años de trabajo al tema de las necesidades y, aún permaneciendo en ámbito psicoanalítico, han tomado siempre más decididamente

⁴ Para una breve introducción, recomendamos a E. GHENT, "Wish, Need, Drive: Motive in the Light of Dynamic Systems Theory and Edelman's Selectionist Theory", *Psychoanalytic Dialogues* 12/5 (2002) 763–808.

⁵ Cf L. M. RULLA, *Antropologia della vocazione cristiana. Basi interdisciplinari* (EDB, Bologna 1997).

⁶ Cf L. M. RULLA, *Depth Psychology and Vocation: A Psycho-Social Perspective* (Editrice Pontificia Università Gregoriana, Roma 1971).

⁷ Esta aproximación refleja aquella de la psicología norteamericana de los años '60-'70 cuyos exponentes principales son Allport y Murray, y es muy lejana del psicoanálisis ortodoxo. Cf C. S. HALL – G. LINDZEY – J. B. CAMPBELL, *Theories of personality* (Wiley & Sons, New Jersey 4nd ed. 1998) 219-390.

las distancias de una impostación pulsional⁸ arribando, desde el punto de vista epistemológico, a la asunción de aquella “nueva aproximación” denominada *complejidad*⁹. Dentro de este marco epistemológico, que no podemos ilustrar aquí, una interpretación de lo real reduccionista (es decir, el objeto de estudio puede reducirse a la suma de los componentes elementales) y determinista (o bien, a causas similares corresponden necesariamente efectos similares) es considerada posible sólo en casos marginales (los así llamados sistemas simples) pero resulta desorientadora y sin capacidad alguna eurística y explicativa para la enorme mayoría de los fenómenos tanto físicos, químicos, biológicos, sociales, económicos... En todos estos casos se reconoce la necesidad de otra aproximación denominada, pero esto, compleja. Es más, cualquier sistema complejo –en ámbito físico, biológico o social- es comprensible exclusivamente a partir de su originalísima historia de desarrollo y, por esto, a partir de la propia historia.

Se intuye como el tentativo de comprender la categoría de necesidad dentro de esta nueva aproximación epistemológica ofrece algunos caminos interesantes para poder superar al menos algunos de los límites evidenciados antes de la aproximación de Rulla.

La “galaxia necesidad”

Rulla define la necesidad como una *tendencia innata hacia la valoración y la acción* en búsqueda de una satisfacción inmediata. Con el término *tendencia* se subraya el hecho de que la necesidad no puede conducir nunca a la acción por sí sola. Por esto el hombre no es reducible a una marioneta socialmente aceptable de cualquier pulsión inconsciente. Con el adjetivo *innata* se entiende el hecho de que nosotros no elegimos tener necesidades: éstos están y basta, y su presencia no es por sí misma signo de inmadurez.

Más allá de la definición, el discurso de Rulla sobre las necesidades es bastante complejo¹⁰. Eligiendo una aproximación no técnica, nos permitimos una analogía astronómica: una galaxia, a primera vista, puede parecer como un único punto luminoso (una tendencia innata), pero en realidad, se trata de un conjunto de diversos cuerpos celestes que pueden distinguirse a partir de una multiplicidad de parámetros (color, dimensión, luminosidad, ...). Lo mismo vale para el modo en que Rulla afronta la “cuestión necesidades”.

⁸ Estos autores, aun permaneciendo en la tradición psicoanalítica, han criticado siempre más fuertemente el reduccionismo freudiano sobre tema de la motivación llegando a formular una propuesta orgánica e innovadora. En esta nueva impostación, la motivación es reducida a una única pulsión, el concepto de descarga y reducción de tensión se considera inapropiado y el origen de la necesidad de desliga de una suerte de excitación fisiológica. Para quien estuviera interesado, las tesis fundamentales están en la bibliografía.

⁹ Para una ágil introducción al tema de la complejidad: A. GANDOLFI, *Formicai, imperi, cervelli: introduzione alla scienza della complessità* (Bellinzona, Casagrande 1999) [ried: Bollati Boringhieri, Torino 2008]. Para una presentación más extensa de las implicaciones epistemológicas véase: C. S. BERTUGLIA – F. VAIO, *Complessità e modelli. Un nuovo quadro interpretativo per la modellizzazione nelle scienze della natura e della società* (Bollati Boringhieri, Torino 2011); o también el ya clásico: G. BOCCHI – M. CERUTI (ed.), *La sfida della complessità* (Feltrinelli, Milano 1985) [ried: Bruno Mondadori, Milano 2007]. Quien más que nadie se ha esforzado en proponer la posibilidad de un “pensamiento complejo” es Edgar Morin, cf en particular su obra principal *Il metodo*, en seis volúmenes. Como intento de acoger el desafío de esta nueva aproximación desde el punto de vista teológico, véase: G. BONACCORSO, “L’epistemologia della complessità e la teologia”, *Rivista di teologia morale* 175/3 (2012) 61-65.

¹⁰ A continuación nos referimos alusivamente a cinco cuestiones teóricas bien precisas: clasificación, disonancia, centralidad, nivel de consciencia y consistencia/inconsistencia. Remitimos a las fuentes para un tratamiento técnico y exhaustivo.

1. En esta galaxia hay, ante todo, necesidades de diverso *tipo*. Por ejemplo, está quien tiene siempre necesidad de apoyo o quien prefiere viajar solitariamente; está quien tiene constantemente necesidad de mostrarse y quien haría de todo por desaparecer; está quien siente la necesidad de retirarse apenas imagina alguna dificultad y quien en éstas no pierde la ocasión de tirarse de cabeza. En fin, *existen tantos tipos de necesidades que pueden ser comparados a diferentes tipos de “pedidos que requieren gratificación”*¹¹. Tales demandas no tienen nada de genéricas (la demanda de cercanía no es reducible a aquella de éxito) ni tampoco de retóricas (a veces piden gratificación incluso “golpeando con los pies”). Entre las posibles clasificaciones, Rulla elige aquella ofrecida por Murray que, inevitablemente, tiene un cierto grado de convencionalidad.

2. En esta galaxia, Rulla considera que las necesidades son diferentes también cualitativamente. El punto discriminante elegido para discernir tal *cualidad* está representado por las exigencias de la vocación cristiana y así, una vez más con algo de arbitrariedad, *Rulla define algunas necesidades como vocacionalmente disonantes, mientras que otras son consideradas neutrales*. Tal distinción, si bien sea aceptable desde el punto de vista de una indagación estadística –en cuanto es lícito poner una hipótesis para someterla a verificación experimental- corre el riesgo de volverse difícilmente sostenible desde el punto de vista antropológico –de hecho no se comprende por qué algunas necesidades deben considerarse “disonantes por naturaleza”- y poco útil para la valoración y el acompañamiento. Se corre el riesgo de enjaular en un esquema demasiado rígido la singularidad de las historias personales.

3. Como en las galaxias los varios cuerpos celestes se pueden distinguir por su *masa*, así Rulla intuye que entre todas las necesidades algunas pueden ser particularmente incisivas. Son dos los índices a tener presentes. Ante todo habrá que considerar *cuanto una persona esté “pegada” a una necesidad específica*. La hermana Juana, por ejemplo, siente una intensa necesidad de ser reconocida en aquello que hace y espera constantemente aplausos y felicitaciones, y sin embargo puede ocuparse de las cosas cuando ninguno la ve sin que por esto “entre en crisis”. El padre José, en cambio, está tan necesitado de hacerse cargo de alguien que verdaderamente no consigue aceptar que ha llegado el momento de “dar un paso al costado”. Para él, sentirse útil es tan importante como el oxígeno que respira. En ambos casos nos encontramos ante una necesidad –admiración, por un lado; ayuda a los demás, por el otro-, pero sólo para el padre José la exigencia de tal gratificación es tan pesada que vuelve la vida difícil.

Además es importante considerar *cuánto invierte la persona para “manejar” una determinada necesidad*. Posee una cierta relevancia, de hecho, si una gran cantidad de los propios recursos (tiempo, inteligencia, fantasías, dinero,...) es constantemente canalizada para gratificar –o bien, si la necesidad es sentida como inaceptable, para negar- aquella determinada necesidad. El padre José podría gastar un montón de recursos para continuar gratificando su propia necesidad insistente de hacerse cargo de los demás; mientras que un colega suyo podría hacer cualquier cosa menos negar esa necesidad de dependencia afectiva que “siente” indigna a causa del hábito que lleva y por su mismo ser varón. En ambos casos, gran parte de las energías psíquicas son gastadas para “manejar” una necesidad que se ha vuelto progresivamente demasiado invasiva y, quizás, sin que le interesado sea del todo consciente.

4. De hecho, en las galaxias algunas estrellas *son visibles* a ojo desnudo, mientras que otras son sólo visibles con la ayuda de un telescopio, y otras no son en absoluto visibles pero su presencia puede inferirse verificando las desviaciones de las trayectorias de los cuerpos celestes en las cercanías. Del mismo modo, Rulla considera que cada uno de nosotros es consciente de algunas necesidades –el padre José conoce

¹¹ Confrontar: S. GUARINELLI, *Psicologia della relazione pastorale* (EDB, Bologna 2008) 162.

bien su propia necesidad de ayudar a los demás. Otros son reconocibles sólo a través de la costumbre de estar consigo mismos -el padre José podría intuir que, en realidad, mucha de su preocupación está *también* motivada por la necesidad de sentirse importante. De otros, en cambio, uno puede ser consciente sólo a través de un paciente trabajo de acompañamiento o de un itinerario psicoterapéutico -nuestro padre José podría así darse cuenta de aquella pregunta dolorosa que desde hace mucho tiempo lleva dentro como sofocada: “¿alguien podrá quererme de verdad alguna vez?”

Con frecuencia, *justamente aquellas necesidades cuya “masa” es mayor son, paradójicamente, también aquellas “fuera del alcance de la vista”*. Y así permanecen allí, en nuestra galaxia, desconocidas pero pesadas e influyentes.

5. Por último, cualquier galaxia está ubicada en una porción de universo con la cual entra en relación. Para Rulla este universo es el sistema motivacional complejo de la persona que debería pensarse en la dialéctica entre un empuje centrípeta y conservadora (que lleva al repliegue sobre sí mismos) y una excéntrica y expansiva (que abre hacia la superación de sí). En este sentido deben comprenderse las necesidades también en referencia a su *función* dentro de esta dialéctica de base.

Ante todo podría existir una verdadera y propia *desarmonía entre algunos grandes deseos hacia los cuales la persona tiende y algunas necesidades*. Por ejemplo: el ideal de una vida capaz de perdón y una necesidad excesivamente intensa de vencer, de tener éxito, de tener la última palabra a cualquier costo. En este caso, la necesidad es como un obstáculo y su función es inevitablemente centrípeta y conservadora.

Podría existir, en el cuadro opuesto, *una real armonía entre ideales y necesidades*; en este caso, su función es positiva, excéntrica y expansiva.

Existe, en fin, el cuadro más complejo, en el cual *la armonía es sólo aparente y no sirve más que para esconder una desarmonía subyacente*. Emilia, una joven postulante, siente una necesidad intensa de reaccionar de frente a las dificultades y esto la sostiene en la vivencia coherente del don total de sí que es tan importante para su vida (armonía). Sin embargo, siempre con mayor frecuencia, cuando Emilia recibe alguna crítica, aunque pequeña, responde de manera agresiva. De a poco parece volverse evidente cuánto en la vida de Emilia esté subordinado a su necesidad de demostrar ante todo a sí misma que vale (desarmonía). En este caso, simplemente animar a Emilia a manejar mejor su agresividad apostando a su capacidad de reaccionar frente a las dificultades puede ser “objetivamente útil” (Emilia se comprometerá verdaderamente en esto y quizás logrará controlarse), pero también poco sabio en cuanto se corre el riesgo de confirmarla en su necesidad de mendigar constantemente confirmación del propio valor personal. En cambio, paradójicamente, será un éxito justamente cuando Emilia logre equivocarse permitiéndose finalmente hacer un papelón “en santa paz”.

En este cuadro intuimos cómo las preguntas formuladas al inicio sobre la relación entre autenticidad y necesidades se vuelven complejas y fascinantes. Pero como se dijo, antes de pasar a algunas indicaciones pedagógicas, querríamos sugerir una posible integración entre la idea de “galaxia necesidad” hasta aquí descripta y aquella propuesta por la reflexión de Lichtenberg y colegas.

Los sistemas motivacionales

Presentando una cantidad considerable de verificaciones experimentales, Lichtenberg y colegas teorizan que la motivación humana se deba comprender en el entrecruzamiento de siete diversos sistemas motivacionales que se estructuran dentro de los dos primeros años de vida y que se desarrollan durante todo el resto de la vida.

Por *sistema motivacional* se entiende un conjunto coherente de *objetivos, intenciones y afectos*. Por ejemplo, para el sistema motivacional de apego de Luciano, un niño de dos años, los objetivos pueden ser las caricias, el contacto visual, los sonidos familiares, el

rostro sonriente; las intenciones serían las acciones específicas que el niño realiza para alcanzar estos objetivos; los afectos coincidirían con una sensación de paz, serenidad, seguridad. Así, cada sistema motivacional está constituido por un conjunto característico de objetivos-intenciones-afectos que hace las veces de “documento de identidad” del sistema mismo.

A juicio de los autores, estos siete sistemas motivacionales no dependerían de otras tantas siete necesidades/impulsos de base, sino que *emergerían naturalmente dentro de la experiencia*. Este emerger puede ilustrarse a partir de las propiedades de los sistemas dinámicos complejos que, por esto mismo, tienen como característica principal la posibilidad de que de la interacción de elementos diferentes (en este caso: percepción, cognición, memorias, afectos, consciencia recursiva) pueda emerger una nueva organización (en este caso el sistema motivacional) con propiedades originales y no reductibles a la suma de los elementos constituyentes. Esto significa que no existe ninguna pulsión que busque una descarga, sino que las necesidades o, para usar el lenguaje de los autores, los sistemas motivacionales son realidades emergentes de la experiencia y por lo tanto constitutivos de ella.

Por otro lado, los siete sistemas motivacionales *se desarrollan a lo largo de todo el arco de la vida*. Con el pasar de los años el conjunto metas-intenciones-afectos propio de cada sistema se desarrolla complejizándose, enriqueciéndose y diferenciándose. Por ejemplo, el sistema de afiliación que se nota ya en los primeros tres meses de vida, asumirá otro rostro en la escuela, y otro todavía en referencia al sentido de pertenencia al propio equipo de fútbol o a la propia comunidad religiosa, pero será siempre la expresión de la misma necesidad de construir vínculos no exclusivos. Se estructuran de este modo siete diferentes líneas de desarrollo de los siete diversos sistemas motivacionales.

La calidad de las relaciones es el carácter fundamental de la experiencia dentro de la cual estos sistemas emergen y se desarrollan. De hecho, es justamente la relación con la primera figura cuidadora que permite el emerger adaptivo, flexible y armónico de estos siete diversos sistemas motivacionales. Sólo la presencia de una alteridad suficientemente buena y apropiada a cada etapa de la vida hace posible un desarrollo constante y equilibrado. Evidentemente, como es propio de cualquier línea evolutiva, la calidad de las experiencias precedentes incidirá sobre aquellas sucesivas.

Algunas adquisiciones

Antes que nada, la propuesta de Lichtenberg y colegas podría permitir la relectura de las 21 necesidades de Murray como la expresión fenoménica de siete sistemas motivacionales. *Esta aproximación evolutivo-relacional tiene la ventaja de ser menos expuesta a la arbitrariedad*. Obviamente, como confirma la literatura sobre el tema¹², un cierto grado de arbitrariedad permanecerá siempre, no obstante el análisis ofrecido por el estudio de las interacciones madre-niño como lugar donde emergen los siete sistemas motivacionales parece ofrecer un cuadro interpretativo relativamente sólido.

Por otro lado, considerar la necesidad como un sistema complejo emergente de la experiencia concreta podría ayudar a comprender mejor qué cosa entendíamos con los términos “tendencia innata” o “pregunta abierta”. De hecho, si bien la metáfora introducida de la galaxia posee un cierto poder explicativo, también tiene el riesgo de insinuar el profundo malentendido de comprender las necesidades como “cosas”. En realidad, las necesidades no son cosas que llevamos dentro casi como si se pudieran pesar en una balanza o contar con un ábaco; *las necesidades son y permanecen como*

¹² E. GHENT, "Wish, Need, Drive", *Psychoanalytic Dialogues* 12/5 (2002) 763–808.

procesos (tendencias, preguntas) *que emergen en el curso del desarrollo y colorean constante e inevitablemente nuestra relación intencional con el mundo.* Esto nos permite evitar el riesgo de una reificación ingenua e insoportable de la vida psíquica. En esta dirección la metáfora física (galaxia) debería dejar paso a una más relacional y evolutiva, como por ejemplo aquella lingüística.¹³

En tercer lugar, gracias a esta perspectiva sale a la luz un aspecto que en la propuesta de Rulla terminaba siendo infravalorado: *cada necesidad tiene una historia de desarrollo que depende en modo significativo de la calidad de las relaciones dentro de las cuales se inscribe.* Si esto es verdad, querríamos sugerir que se pueda reinterpretar el parámetro de la *calidad* de la necesidad no tanto a partir de su disonancia en relación a las exigencias de la vocación cristiana, sino a partir de su historia evolutiva. Inevitablemente, las biografías de cada uno de nosotros están marcadas tanto de éxitos como de tropiezos. La calidad “disonante” de una necesidad podría ser traducida como el fruto de uno de estos tropiezos, es decir, como una *pregunta que obstinadamente busca aquella gratificación que no ha sido adecuada en el momento oportuno a causa de una relación que no ha sido experimentada como suficientemente buena.* En este sentido, tal necesidad, cualquiera que sea, reforzaría aquella tendencia centrípeta, conservadora y repetitiva de la motivación humana porque sería rígidamente anclada a la necesidad de una gratificación sentida constantemente como necesaria. Dentro de esta perspectiva cualquier necesidad puede ser disonante respecto a los propios ideales, e incluso la necesidad de ayuda a los otros puede terminar siendo “obstáculo” cada vez que se encontrara “viviendo el Evangelio porque se tiene necesidad de hacerse cargo de los otros” en lugar de “hacerse cargo de los otros para vivir el Evangelio”.

Indicaciones para la formación

1. Incluso cuando la motivación humana no pueda ser reducida a una máscara de una necesidad, el formador deberá tener bien presente que cada persona posee una constelación única e irrepetible de necesidades que se asemeja mucho a una suerte de “lengua original del sentir”. *Esta lengua pide ante todo ser comprendida a través de una pluralidad de interrogantes.* “¿Cuáles son las necesidades más evidentes que manifiesta esta persona? ¿Cuáles no se ven nunca? ¿Cómo ‘participa’ esta necesidad en el deseo de decidirse por aquello que vale? ¿Cuál es la historia de esta necesidad? ¿Qué alteridades han participado en su maduración o endurecimiento?”. Un acompañamiento o una psicoterapia que no se esforzaran en respetar esta complejidad caerían en el riesgo de volverse prepotentes o superficiales con el resultado infausto de no ayudar a vivir el desafío de la autenticidad.

2. A esta altura debería ser evidente que “lengua original del sentir” no puede ser liquidada simplemente como un límite a aceptar o un defecto a eliminar. Es más, deberíamos ante todo afirmar que *todas las necesidades pueden tener una función positiva en cuanto le dicen al formador cuánto una persona sea en grado de sentir y participar con pasión en la realidad.* Esta lengua puede ofrecer enormes posibilidades sin las cuales cualquier elección vocacional tiene el riesgo de quedar en la formalidad con el resultado de conducir a una existencia inauténtica.

¹³ En el uso de esta metáfora somos deudores de los estudios de Guarinelli. Es más, tal metáfora tiene la ventaja de ser afín a la aproximación de la complejidad donde el binomio azar-necesidad es sustituido por aquél de vínculo-posibilidad. De hecho, la metáfora de una “lengua original del sentir” (cf la parte final del presente trabajo) no permite que sea comprendida en la lógica de una causa que conduce necesariamente a efectos preestablecidos desde el inicio, mientras se presta a introducir la idea de un conjunto de vínculos que, justamente en cuanto vínculos, pueden ser precursores de un número limitado pero real de posibilidades emergentes e imprevisibles. Cf M. CERUTI, *Il vincolo e la possibilità* (Raffaello Cortina, Milano 1986).

Por otro lado, algunas necesidades –cualesquiera sean- pueden haber tenido un desarrollo insuficientemente adecuado y permanecen así como preguntas abiertas que buscando obstinadamente la gratificación, casi como un disco rayado, permanecen replegadas sobre sí mismas y son poco flexibles a abrirse para “decir aquello que vale”. También en este caso, siguiendo tal gratificación, la persona pierde el desafío de la autenticidad para quedar esclava de sí misma y de su sentir.

3. Pensar que si fuéramos suficientemente libres, buenos o santos algunas necesidades no deberían existir es una fantasía tan frecuente como irreal. Como consecuencia, impostar en esta dirección un itinerario de acompañamiento o psicoterapia es sustancialmente inútil. Lo que podemos hacer los formadores es ayudar a la persona a completar los siguientes pasos:

- (1) *Conocer* las propias necesidades. Obviamente esta obra de conocimiento se parecerá más al aprendizaje de una lengua que al descubrimiento de algún objeto arqueológico olvidado quién sabe dónde.
- (2) *Aceptar* que en la propia historia alguna necesidad haya incidido y siga incidiendo negativamente en las pequeñas como en las grandes elecciones de la vida. Aceptar que para “decir nuestros ideales” usamos ante todo una lengua del sentir que nos reenvía obstinadamente a pedir *también* algo que tiene poco o nada que ver con nuestros ideales. ¡Y aceptar que esta lengua herida es justamente *mi lengua!*
- (3) *Cultivar el deseo de cambiar* cuanto de esta lengua se reconozca como un obstáculo sin caer en promesas falsamente irenísticas o renunciando a desafíos importantes.
- (4) *Recordar dejarse salvar* con la consciencia de que será obra del Espíritu de Dios la que convierta de verdad el corazón de quien se entrega totalmente a ella. Esto significa reconocer que es Dios quien escribe derecho no tanto sobre fantasmagóricas líneas torcidas, sino *a través e incluso gracias* a aquella personalísima lengua nuestra del sentir, a veces tan pobre y herida. Es a través de esta lengua débil y herida –y no prescindiendo de ella- que Dios escribe en nosotros su historia. Solamente así, de hecho, nuestra historia puede ser vivida como *historia de salvación, itinerario de real autenticidad espiritual.*

Esta nos parece el camino angosto pero real hacia la autenticidad que no sea fruto ni de una resignada aceptación de la propia necesidad, ni de una fantasía irreal de cambio a ciento ochenta grados, ni, en fin, de un rechazo voluntarista de la propia lengua del sentir.

Para concluir, siendo las necesidades fruto de la propia historia relacional, si se quiere ayudar a alguien, el contexto más adecuado será aquél de una nueva experiencia relacional. Ninguna prédica, lección o consejo podrá sustituir esta última. Es más, la larga historia de las necesidades hunde sus raíces en las primerísimas relaciones y esto debe hacer tomar consciencia a cada formador del hecho que “tocar” las necesidades es “tocar” algo muy íntimo y profundo. Será necesaria entonces mucha delicadeza y paciencia especialmente cuando nos demos cuenta de que una persona está herida en alguna de sus necesidades. Esta persona hará de todo para defender esta herida y, paradójicamente, procediendo así la herida seguirá produciendo dolor e infección. A quien desea hacerse acompañar se le pide de dejarse “tocar” justo donde la fragilidad y el sufrimiento son más grandes; al formador se le pide la paciencia de construir una relación suficientemente confiable y el coraje de no distraer la mirada de estas heridas sabiendo detenerse y hacerse cargo derramando aceite y vino. No obstante pueda parecer extraño, *la autenticidad es un desafío personal, pero no puede ser afrontado en solitario.*